

## **Abril Medina**

Guadalajara, 22 de Marzo de 1985. Autora de los libros: *De amarillo a jueves* (junio de 2007. Ed. Paraíso Perdido. Guadalajara, Jal. Mex) y *Cualquier abismo se parece al útero* (septiembre 2008. Ed. Baile de sol. Tenerife, España). Ha participado en diversos encuentros de poesía tanto en el interior como en el exterior de la República y su trabajo ha sido incluido en 10 antologías, tres catálogos y diversas publicaciones nacionales e internacionales. Ha sido traducida al inglés, catalán y alemán. Ha formado parte del consejo editorial de las revistas: Reverso, Masmédula y Prisma Volante.

1

Nunca he sentido más deseo para el disparo  
la detonación  
los campos viejos y minados o invertidos de la cama  
que en esta hora de accidental armisticio

*para usted me arrepiento  
como se arrepiente un monstruo de sus actos de bondad.*

Pero adentro de ti hay un niño –dices-  
 atemorizado y dócil  
 eres el gran aparato del diablo  
 y afuera te burlas como *defectible* cínico del accidente ajeno  
 sólo para conectarte con más gusto la botella porque eres el incendiario más  
 húmedo y con la verga menos muerta  
 -oh pero adentro, es cierto- sugieres, -hay un niño enfermo y atormentado-  
 Eres el vástago *infracolérico* que sólo intercambia insultos con personas  
 calificadas  
 e improvisa categorías de ingenio  
 que le parecen originales o destacables

-pero ahí –dices - al fondo, hay un niño herido esperando que le abracen  
 (porque es muy pequeño y suave)  
 ya sin las oficialidades del hombre irascible,  
 ese que vocifera virtud arrogancia  
 a la cara de algún ingenuo, donde le ha parecido;  
 florece una vagina al calce de la nariz.

Pero dentro, claro, quietecito y hambriento hay un niño que no juega nunca  
 -no te hará daño-  
 insinúas  
 -no te hará daño-

Negociamos esta espuma con la infancia  
y abandoné  
eso que quedaba de maternidad en mis siete madres  
un último diente de leche fue sepultado entre piedras  
y me corté las uñas yo princesa de los perros  
y oscureció mi oído hasta la más dura ceguera  
y recibí la sangre blanca de la teta de los hombres  
a final de cuentas, dije  
nada tiende al dolor cuando se educa el alma.

No era el frío  
no  
ni la descortesía del aire que transfigura nuestras quietudes  
nada había  
en aquel ahogado que no fuéramos nosotros  
callando como peces  
a la orilla de su propio anzuelo  
tu necesidad esbelta junto a la mía  
suturando apenas mi discurso descastado  
reducido a la mínima obertura del tibio hocico  
esta arritmia sigilosa  
arritmia  
disforia

de tu silencio al mío  
hay sólo un disco girando en cabina  
tocando para el ángel que fuimos  
esa noche de pornografía sin voluntad.